

# DON JACINTO DEL CASTILLO Y DOÑA LEONOR DE LA ROSA



## CURIOSA RELACION

*en que se manifiestan los amores y sucesos de don Jacinto del Castillo y doña Leonor de la Rosa, por la violencia que hizo su padre para que se casase con otro, y lo demás que verá el lector.*

## PRIMERA PARTE

Sagrada Virgen Maria,  
antorcha del cielo empareo,  
dame tu divina gracia,  
pues de veras te lo pido,  
para que escribas acierte  
el caso más peregrino

que celebran los anales,  
ni en las historias se ha oído.  
Sucedió en la gran Coruña,  
el mejor puerto lucido  
que tiene el mar en su margen,  
de mil alabauzas digne.



R. 59.935

En esta ilustre ciudad  
nacío de padres altivos  
doña Leonor de la Rosa,  
a quien el cielo propicio  
se esmeró en hermosura  
para encanto de Cupido.  
Fué tal su extrema belleza,  
que pasó a ser un prodigio,  
pues no hubo hombre que al verla  
no se quedara rendido.  
Al cuidado de sus padres,  
con el recato debido  
se crió, y apenas tuvo  
los quince abriles cumplidos,  
cuando amor tiró una flecha,  
queñando herida del tiro,  
que la mujer que es hermosa  
trae el presagio consigo,  
pues bastó llamarse Rosa,  
que pocas rosas he visto  
que no mueran deshojadas  
en mitad del precipicio.  
La causa fué un caballero,  
don Jacinto del Castillo,  
tan galán como bizarro,  
valiente como entendido.  
Estó dió en galantería  
con fiestas y regocijos;  
la daina le corresponde  
con amorosos cariños,  
que enmorada y rendida  
estaba de don Jacinto,  
y con palabra de esposa  
a su amante satisfizo.  
Todas las noches se hablaban  
por un balcón, que testigo  
era de sus muchas penas,  
y como amantes tan finos,  
descansan uno con otro  
repetiendo mil cariños.  
Dejemos en este estado  
a Leonor y a Jacinto,  
gozándose en los coloquios  
que el amor trae consigo,  
y pasemos a dar cuenta  
de cómo el don Francisco,  
que era padre de esta dama,  
ya tenía otros desiguos,  
y era daria a un caballero,  
que era muy rico y su amigo,  
don Fernando de Contreras,  
que enamorado y rendido  
de la singular belleza  
y el encantado prodigio  
del hechizo de Leonor,

determinóse y lo dijo:  
«Señor don Francisco, yo,  
como hombre, solicito  
alcanzar favores vuestros,  
si merezo que lo altivo  
de la bellísima mano  
de Leonor, que tanto estimo,  
con el renombre de esposa  
me concedáis cual os pido.»  
Y don Francisco, que estaba  
deseando aquello mismo,  
al momento se la ofrece,  
prometiéndole de fiyo  
con ella dos mil ducados  
y alhajas de oro muy fino.  
Quedóse así, y don Fernando  
contento y agradecido,  
alegres se despidieron,  
y al momento don Francisco  
se partió para su casa,  
dándole cuenta y aviso  
a su mujer y a su hija,  
muy alegremente dijo:  
«¿No sabes tú, Leonor,  
hija del corazón mío,  
cómo te tengo envidia,  
que será tu gusto y mío,  
con don Fernando Contreras,  
hombre rico y bien nacido?  
Es noble, afable, discreto,  
como tú, Leonor, lo has visto;  
sólo aguardo tu respuesta  
para dársela al prolixo.»  
Y Leonor, como tenía  
las potencias y sentidos,  
el corazón, vida y alma  
en su amante don Jacinto,  
fué a responder y no pudo,  
que la fuerza de un delirio  
la traspuso en un desmayo,  
envuelta en un paraismo.  
Aquí el coral de sus labios  
en nieve se ha convertido.  
Apenas vuelta en su acuerdo,  
Leonor a su padre ha visto,  
volviendo segunda vez  
a tratar de lo que ha dicho.  
«Acaba, Leonor, acaba,  
responde a lo que te digo,  
porque don Fernando está  
idolatrando tu hechizo.  
Es noble y muy poderoso,  
como ya te he referido;  
te hará dueña de su hacienda,  
tendrás descanso y alivio;

esto ha de ser por la fuerza, si no quieres por carñones. Y remitiéndose al llanto, hechos sus ojos dos ríos, balbuceando palabras, resueltamente le ha dicho: «Padre y señor, don Fernando nunca fué del gusto mío. ¿Qué importa que sea noble? ¿Qué implica que sea rico, si jamás han congeniado sus conceptos con los míos? Que don Fernando sea noble, también lo soy yo, padre mío; que sea dueño de su hacienda, yo soy la que me cautivo; la que por fuerza se casa, por interés de lo rico, no es mujer, sino una esclava que se vende en el guarismo de la ambiciosa codicia; esto, señor, es muy hijo. En cuanto a tomar estado, no ha de ser al gusto vuestro, ha de ser al gusto mío. Y pues es fuerza os declaro, como a padre, mi desagrado, yo tengo puesto mi afecto, el corazón y sentido, por mandato de mi amor, en don Jacinto del Castillo, con él tengo esposo a gusto, pues con el alma le estimo...» Viéndola el padre resuelta, furioso, ensoberbecido, asída por los cabellos, que eran hebras de oro fino, y con golpes y arrastrando la metió en su cuarto mismo; con un puñal en la mano, en viva rabia encendido, amenazaba de muerte, diciendo: «Haz lo que te digo, o la vida tendrás al golpe de este cuchillo.» Viendo Leonor que en su pecho moraba el de don Jacinto, y que es fuerza peligrase en semejante conflicto, con un cauteloso engaño, dijo: «Padre y señor mío, ya me resuelvo a que sea don Fernando esposo mío.» Con esto el padre abrazóla

contento y agradecido, dejándola; cuando al cabo de cuatro días a cinco escribió doña Leonor una carta a don Jacinto, diciendo lo que la pasa, que la sacase al proviso; mas no fué tan en secreto, que la cogió don Francisco; hallóla tan inconstante, según por lo contenido. Volvió otra vez indignado, y a doña Leonor la dijo: «Mira, infame, este papel que envías a don Jacinto.» Encerróla, y dispusieron, que con Fernando, al proviso, el vicario la casase por evitar un peligro, porque en andando el día era todo se encuentra vendido. Quisiera escribir aquí las lágrimas, los suspiros, los sollozos, los lamentos, los pesares y los gritos que la triste dama hacía, muy bien lo dice ella mismo. Si el disimular su pena no le fuera tan preciso, reventara de dolor; mas volviése en basilisco, cual vibora, cual serpiente que con su veneno mismo antepone su venganza destruyendo a su enemigo. Tuvo lugar y escribió, diciéndole a don Jacinto: «Esposo mío y señor, dueño del alma querido, hoy mi padre de por fuerza, con tanto dolor lo digo, con qué pena lo reflexo y con qué llanto lo escribo, hoy me ha casado, ¡ay de mí!, hoy te perdí, dueño mío; a causa de esta gran pena, las lágrimas hilo a hilo de mis ojos se desprenden; remediarlo no he podido. ¿Yo casada sin mi gusto? ¡reiento sólo en decirlo! ¿Yo verme con otro dueño? ¿Yo en brazos de mi enemigo? ¡Huyamos de los que causan tus disgustos y los míos!

para esta noche te espero, y si no me  
vendrás bien apercebido, yo te traeré  
que una criada avisada, que yo he  
te entrará en el cuarto mío, y tú y  
y nos iremos los dos, a un castillo  
y en otro reino distinto del de España,  
nos casaremos después, y yo te daré  
pues tengo ya prevenidos, para darte  
muchos doblones y joyas, y muchas  
muchas sortijas y anillos, y mucho  
Esto, señor, te encarezco, y te ruego  
no haya falta en lo que digo. Y así  
Todo aquel día se estuvo hablando  
el padre con los padrinos, y se fue  
trazando para la noche, y se hicieron  
mil fiestas y regocijos, y se comieron  
y la cautelosa dama, que se casó  
al inocente marido, se fue preparando  
para cubrir su ponzoña, y se fue  
mostraba amor y cariño, y se fue  
Vino la noche, y con ella se fue  
a la puerta don Jacinto, que se fue  
bien prevenido de armas, y se fue  
y la criada al proviso, y se fue  
le ha tomado de la mano, y se fue  
y en un cuarto le ha metido, y se fue  
sin que nadie reparara, y se fue  
y allí se quedó escondido. Y así  
Llegó, en fin, la media noche, y se  
se terminó el regocijo, y se fue  
y todos los convidados se fueron  
a sus casas se habían ido.

Entró Leonor en su cuarto, y allí  
halló en él a don Jacinto, y allí  
y allí trataron el cómo se iban  
han de lograr su designio, y así  
Entró después don Fernando, y se  
despojándose el vestido, y se fue  
pensando hallarse en los brazos  
de Leonor, que tanto quiso, y se  
se halló en brazos de la muerte,  
porque salió don Jacinto, y se fue  
y con recias puñaladas se fue  
abrió al alma dos postigos, y se fue  
y revolcado en su sangre, y se fue  
se quedó cadáver frío, y se fue  
y saliéndose a la calle, y se fue  
allí montaron muy listos, y se fue  
en un ligero caballo, y se fue  
que tenían prevenido, y se fue  
Al estruendo y alboroto, y se fue  
pronto la justicia vino, y se fue  
solicitando prenderlos, y se fue  
mas don Jacinto, atrevido, y se fue  
con dos fuertes trabucazos, y se fue  
derribó cuatro ministros, y se fue  
con que franqueó la calle, y se fue  
y saliéndose al camino, y se fue  
dejan de correr y vuelan, y se fue  
huyendo de su peligro, y se fue

Y en otra segunda parte, y se fue  
según consta por escrito, y se fue  
diráse el fin que tuvieron, y se fue  
doña Leonor y don Jacinto, y se fue





## SEGUNDA PARTE

*En que se da cuenta como se embarcaron don Jacinto del Castillo y doña Leonor de la Rosa, y fueron apresados por unos corsarios que los llevaron a Argel, donde los condenaron a ser quemados.*

Dije en la primera parte cómo va por el camino don Jacinto con Leonor, y los dos de amor rendidos, y cómo aponas el claro día se le daba luz a los nacidos, y del camino se apartaron, y entre unos ásperos riscos de una frondosa montaña se quedaron escondidos. Pidió Leonor en merced que le conceda don Jacinto guardarse su castidad, hasta que el Cielo divino

les echo su bendición. «Esto, señor, os suplico, porque quiero me logréis, no galán, sino marido», y como hombre discreto lo concedió don Jacinto, que los generosos pechos saben vencerse a sí mismos. Llegó la noche y caminan, y de la suerte que digo llegaron hasta Bayona, que es puerto de mar muy rico, al tiempo que un mercader salía con su navio.



a la ciudad de Venecia, conque ajustó don Jacinto el viaje, y se embarcaron con contento y regocijo, dándose, pues, a la vela surcando el mar cristalino; pero trajo la desgracia dos navíos argelinos: los cercan por todas partes, conque apresan el navío, y después de aprisionados con cadenas y con grillos, dieron en Argel con ellos, y a pregón fueron vendidos. A Jacinto y a Leonor los compró un moro muy rico, el cual los presentó a Zaida por la estimación que hizo; es del rey de Argel hermana, hermosa como el Sol mismo, la cual contenta y alegre recibió los dos cautivos. Estimó mucho el presente, y así que la turca ha visto la belleza de Leonor, lo bien dispuesta y el brío, la hizo su dama de estrado; mas viendo de don Jacinto lo galán y lo bizarro, lo discreto y entendido, lo hizo su mayordomo. También juntamente hizo de que la arábiga lengua le enseñasen al proviso; tan buena cuenta le daba cáldadoso y discursivo, que ya Zaida se abrasaba en amores del cautivo. Se quejaba una mañana a sus solas don Jacinto; pensando nada lo oía, y a estas palabras dijo: «Sagrada Virgen María, Madre del Verbo Divino, ten de mi misericordia, y si a tu santo servicio conviene el que yo padezca, que es cristiana, que lluevan sobre mi trabajos, y los más fuertes martirios, que ha inventado la herejía, pues lo tengo merecido. Zaida, que escuchando estaba los lamentos de Jacinto, entró con semblante alegre

diciendo: — Cristiano mío, ¿qué tienes, que así te quejas lloroso y enternecido? Con humildad la responde: — Estoy pensando en el libro de mis trágicos sucesos, y en pensándolo me aflijo. — ¿Serás casado en tu tierra? — Nunca, señora, lo he sido. — ¿Tendrás amor en España? — Es verdad que lo he tenido, pero ahora no lo tengo, porque los conceptos míos están todos en Argel: este es el dolor que gimo. Y Zaida, muy vergonzosa, le dice: — Mira, cautivo, si tú olvidas a tu Dios, y sigues la ley que sigo de mi profeta Mahoma, tú te casarás conmigo, gozarás muchas riquezas, y tendrás muchos cautivos; esto has de hacer, no lo dudes, esto te está bien, Jacinto. El cual respondió muy triste, lanzando un grande suspiro: — ¿Cómo quieres que yo olvide a un Dios de gracia infinito, a un Dios que por su bondad quiso por su amor divino redimirme con su Sangre por librarme del abismo? ¿Cómo puedo ser ingrato a quien tanto bien me hizo? — Calla, infame, no prosigas, que a no hacer lo que te digo, con la vida pagarás la vergüenza que reprimo. Deja, cristiano, tu ley, accede a lo que te digo, que aquel que sigue a Mahoma goza bienes infinitos; si no lo quieres hacer, tendrás el mayor castigo que se haya visto en Argel. Y replicó don Jacinto: — No dejaré yo mi ley, esto fuera un barbarismo, aunque mil vidas tuviera que rendirle en sacrificio; la ley de Dios resplandezca, que Mahoma es un maldito; que siga el que irá tu alma a los profundos abismos.

Con esto, Zaida, indignada, salió fuera dando gritos: «¡Ah de mis ciñados, hola! ¿hacéis el jah de mi guacida y ministros! Venid, prendan al instante a este cristiano atrevido, que me ha querido quitar el honor mío; y tomadme mi hermano y venganza de este de aqueste infame cautivo, que no es razón que se quede en esta maldad sin castigo.»

A las voces acudieron sin admitirle más pruebas que lo que la turca dijo, y le sentenciaron a quemar por blasfemo y por lascivo. Dejemos en la prisión, entre cadenas y grillos, a don Jacinto, y pasemos a la dama, que es preciso, porque en este mismo tiempo estaba el moro encendido en amores de Leonor, y que estaba tan perdido trazando por mil maneras el rendirla a su apetito. Persuadióla muchas veces, mostrándose amante fino; pero la discreta dama nunca dió a su amor oído. Un día la cogió a solas, que la desgracia lo quiso, encerróla en un retrete, y estas palabras la dijo: «Hermosísima Leonor, ¿cómo puedes despreciar a un rey, señor de tal poderío? Olvida a tu Dios, reniega, que haciendo lo que te digo tendrás reinos, vasallos, joyas, trinaunas, zafiros, pues siendo tan amante un rey todo estará a tu servicio, y pues te tengo en un paraje que por imposible miro de mí te puedas librar, he de hacer el gusto mío; esto ha de ser por la fuerza si no quieres por cariño, que a no haber lo que te mando, seré tu fiero enemigo; ¿qué respondes, Leonor?»

Y ella, suspirando, dijo: «Eso es cansarse en vano, y lo tengo a desvario; el pedirme que reniegue del Señor que el cielo hizo, En cuanto a querer lograrlo, esto, señor, bien lo afirmo, que ha de ser muy imposible el alcanzarlo conmigo. Confieso que eres mi rey, y como rey, señor mío, la vida podréis quitarme, pero no el honor que estimo.»

Viendo el moro de Leonor la dureza con lo esquivo, fué a asirla y sujetarla, y ella, viendo su peligro, sacó al moro de la celda el alfanje damasquino; prosigue el moro en su intento, y ella resuelta le ha dicho: «Así defendo mi honor, aun de los reyes lascivos; y con un fiero revés le dejó un brazo en un hilo. Viéndola el moro resuelta y viéndose mal herido, comenzó a llamar a voces a su guardia, y luego vino: «Á esta homicida cristiana prendedla, soldados míos, y haced que rinda la vida entre crueles martirios; pues es su intento el matarme con el mismo alfanje mío.» Como en la mano le tiene, la comprueban el delito. Ven al rey que está mortal y con su sangre teñido; prendiéronla y la llevaron adonde está don Jacinto. De que se vieron los dos, ambos lloran hito a hito; Jacinto asido a Leonor, y Leonor a Jacinto, diciendo: «Esposo del alma, ya se cumple el gusto mío, ya estoy condenada a muerte, pues voy a morir contigo, y esto por guardar mi honor del rey, que lograrne quise, y porque no renegué de la ley de Jesucristo. Esta es la postrera vez que hemos de hablar, dueño mío.»



ya no nos veremos más, porque el dolor  
pues nos separa, el suplicio, pues nos mata,  
y la muerte nos aparta, y así quedamos  
pues la suerte lo ha querido así, y así  
no nos veamos casados.»  
Y llorando se han pedido uno al otro  
el uno al otro perdón, y se han besado  
y se perdonaron finos; y se abrazaron  
y abrazados tiernamente, y así  
se dicen enternecidos: — Ten ánimo,  
— Ten ánimo, esposa mía,  
— Ten valor tú, dueño mío,  
que para Dios todo es nada; pero  
ya nuestro intento es cumplido.  
Sirva este abrazo de yugo, y así  
los suspiros de padinas; y así  
sea nuestro amor las arras, y así  
nuestra firmeza el anillo; y así  
nuestras congojas la mano, y así  
las lágrimas los testigos; y así  
el tálamo nuestras penas; y así  
la bendición los martirios; y así  
pues con martirios se curan los  
yerros que hemos cometido.  
Y a la siguiente mañana  
los infernales ministros  
sacan a los dos amantes  
de donde estaban metidos,  
a cumplirles la sentencia  
en pago de sus delitos.  
Encima de un carromato  
venían apercebidos  
con dos palos hechos aspa,  
y luego entre cuatro o cinco  
a Leonor la desnudaron,  
deshonestos y atrevidos,  
hasta que en carnes la dejan,  
enseñándola al gentío;

y con tenazas ardiendo  
los inhumanos ministros  
de sus delicadas carnes  
le van tirando pellizcos.  
Decía la triste dama  
con dolor tan excesivo:  
«¡Ah!, sea por la pasión  
que padeció Jesucristo,  
Alzó los ojos al cielo  
y dijo: «Dios y Señor mío,  
inmenso rey de la gloria,  
este afrentoso martirio,  
esta vida, estos tormentos,  
os ofrezco en sacrificio,  
en recompensa, Señor,  
de mis culpas y delitos.»  
Del mismo modo llevaban  
por delante a don Jacinto,  
y de este modo llegaron  
al incendio prevenido.  
Llegaron ensangrentados,  
y luego los homicidas  
los juntan por las espaldas  
muy fuertemente ceñidos,  
al incendio los arrojan,  
y entrambos arrepentidos  
entre las llamas decían:  
«Inmenso Dios, infinito,  
misericordia, Señor,  
clemencia y perdón  
pedimos, en vuestras  
almas os rendimos.»  
Y de esta suerte acabaron  
los dos amantes tan finos.

Sirva de ejemplo a los padres  
que violentan a sus hijos  
para que tomen estado  
por el interés movidos.

FIN

